

El Condón

Nerea N

El Condón



Capítulo 1

El condón

Lilian acababa de comenzar el bachillerato. Sus esperanzas de estudiar Medicina se acercaban un poco más. Tenía las mejores notas de la escuela. Su inteligencia en relación a Ciencias y Letras era muy alta.

Lo único relevante de aquel nuevo curso era que se había enamorado de un chico del grado 12. Él le llevaba dos años, pero en experiencia y cuestiones de amor le llevaba un siglo. Era su primer novio. Veía por sus ojos, se sentía subyugada por él. Intentaba agradarlo en todo. En realidad, era el chico más guapo de la escuela.

Muchas chicas habían estado con él. Decían que era un depredador. Solo le interesaba el sexo. Una vez que lo obtenía, se iba en busca de otra flor.

Lilian no había tenido nunca una experiencia sexual. Era como si aquella parte de la vida hubiera permanecido dormida. Cuando conoció a Richard, sintió mariposillas en el estómago, el corazón le latía a prisa, quería estar bella para él, pero nada más.

Había oído de chicas que aun siendo vírgenes se masturbaban, y tenían orgasmos, pero ella no había sentido esa necesidad. Nunca hablaba de estas cosas con sus compañeras de clase. De hecho, no tenía amigas. Al terminar en la escuela, regresaba enseguida a su casa. Su tiempo libre lo consumían el estudio y la lectura. Estaba obsesionada con llegar a ser médico.

Richard vio en ella la inocencia personificada. Pensó en lo grato que sería hacerlo con una mujer que nunca lo hubiera hecho. Había estado con muchas, pero estas chicas ya habían pasado por las manos de otros. Cuando se acostaba con ellas, podía apreciar lo experimentadas que eran, como se desenvolvían en la cama, las miradas pícaras, los cambios de posiciones, el movimiento de la cintura, la soltura que tenían al felar su miembro y lo locas que se volvían cuando él se lo hacía a ellas. La facilidad con que se dejaban penetrar, las sonrisas sensuales, después los gemidos. Y, sobre todo, la cara de felicidad que se les quedaba, después de uno o varios orgasmos.

Pero él buscaba algo diferente. Una chica tímida, que nunca hubiera sentido ni tocado el miembro erecto de un hombre. Y ahora la vida le ponía a Lilian delante

Mucho intentó convencerla, pero en aquellos casi dos meses de noviazgo no había logrado nada, más allá de unos cuantos besos. Siempre

temerosa, esquiva, como un pez que tratas de coger en el agua, entre las manos, y siempre termina por escapar. Eso le hizo encapricharse más aún, y se propuso que no cejaría en su empeño de acostarse con ella.

Después de mucho tiempo notó que estaba dispuesta. Sin embargo la gran pregunta era ¿Dónde? Porque sus padres la tenían demasiado controlada. Era una familia ultraconservadora.

Un día, cuando la escuela estaba a punto de cerrar, la cogió de la mano y la llevó al baño de chicos. Tenía que intentarlo, aunque aquel fuera el lugar menos romántico del mundo. Todos los alumnos ya habían salido. Se colocaron junto a un espejo y él empezó a acariciarla.

— Aquí no, que está muy sucio.

— Ahora el conserje lo acaba de limpiar y van a cerrar la escuela en poco tiempo. Están todos los profesores reunidos en la dirección. Tenemos tiempo.

El olor a desinfectante todavía era muy fuerte. Las paredes pintoreteadas con corazones y flechas y nombres de chicos y chicas. El ruido del agua en una cisterna que parecía tener un leve salidero interno.

El chico pasó su mano por la mejilla de ella, acariciándola suavemente.

— ¿Estás seguro que no me va a doler? Acuérdate que yo nunca lo he hecho.

— Claro que no preciosa. Solo sentirás una cosquilla muy rica debajo de tu vientre.

La tomó de la mano y la introdujo en uno de los compartimentos que tienen váter. Cerró la puerta con el pestillo. Con la rapidez que da la urgencia, parado frente a ella, le desabrochó la blusa del uniforme y la abrió, sin quitársela. Liberó el broche del sujetador y lo echó hacia arriba, dejando ver aquellas tetas blancas y turgentes. Los manoseó un poco, y le dio un par de largos chupetones en los pezones. Le subió la falda. Ella permanecía expectante. Todo aquello era una nueva experiencia.

Pasó sus manos despacio por las nalgas. Eran empinadas y duras, de piel muy suave. Primero los bordes, detrás de las caderas, después las palpó, apretándolas ligeramente. Metió la mano por dentro y le bajó el tanga. Ella sacó el pie derecho y después el otro. Él la recogió y se la guardó en el bolsillo de su camisa, también abierta. Se sentó en la taza del váter y la atrajo hacia él, sentándola de frente, encima de él, con las piernas abiertas. Había bajado su pantalón y sacado su miembro del calzoncillo, sin que ella se diera cuenta, pues no le había quitado la falda, y esta lo encubría. Estaba muy nerviosa, y miraba hacia los lados continuamente,

aunque la puerta estaba cerrada. No tenía idea de que su novio lo tenía todo listo para penetrarla, en un segundo, en un instante.

Sospechando él, que estaba seca, se mojó su dedo con bastante saliva y se lo pasó muy despacio por toda la rajita, que, aunque no podía ver, la sentía en medio de aquella parte abultada, debajo del escaso vello púbico, pequeña, breve, con sus dos labios pequeños, carnosos y húmedos, ligeramente hinchados en su parte inferior. Fue entonces que se dio cuenta que no llevaba preservativo. "Entonces tendrá que ser la desagradable marcha atrás" —pensó.

—¿Para qué me mojas? —le dijo llena de inocencia.

Él no respondió. Con sus manos, por debajo de la falda, acomodó la punta de su miembro a la entrada, apenas rozándola. Por suerte su pene estaba mojado, con esa "grasita lubricante natural" que sale durante la excitación del varón.

—Échate un poquito hacia atrás ... arquea un poco la espalda, echa el brazo derecho también hacia atrás y apóyate en el picaporte de la puerta ... así ... y pon la otra mano detrás de mi cuello para que te sujetes mejor. La chica obedeció, ignorando que su novio quería que ella tuviera las manos ocupadas, para él poder actuar libremente, sin que ella pudiera defenderse. Intentó mirar para abajo, pero la falda cubría todo. Richard le subió los pies, y se los apoyó en la parte de atrás de la cisterna del váter, mientras que la sujetaba por ambas caderas, de modo que cuando la clavara, no pudiera levantarse. De hecho, en aquella posición, no podía ni moverse. Ahora sí que la tenía inmovilizada. Podría quejarse, gritar, chillar, pero no moverse ni evitar la embestida de su novio, que cual caballo salvaje palpaba con su miembro el orificio de la hembra.

—Tengo mucho miedo ... ¿Qué es eso duro que siento ahí abajo?

En aquel momento Richard se preguntó cómo era posible que la chica de mejores notas de la escuela, preguntara qué era "aquello duro que le rozaba abajo".

—No tengas miedo amor mío —le dijo, agarrándola bien fuerte por las caderas, con las manos siempre por debajo de la falda.

Entonces pensó que si ella gritaba, podrían descubrirlos y le puso su pañuelo dentro de la boca.

—¿Para qué me pones esto? —dijo, apenas sin entendersele.

—Muerde aquí, será solo un momento —la chica apretó el pañuelo con los

dientes. Él volvió a sujetarla por debajo. Ya estaba listo.

—Trata que no me duela, porfa —suplicó—. ¿Te pusiste el condón? Es que no puedo ver nada ahí abajo.

—Claro —mintió. Cuando Richard sintió que tenía su miembro perfectamente erecto, justo en el centro del sexo de la chica, la elevó con sus manos un poquito hacia arriba y al momento le dio un tirón brusco hacia abajo, atrayéndola hacia él. Estaba tan cerrada, que hasta él sintió dolor. Su prepucio se deslizó bruscamente hacia atrás, al chocar con el diminuto agujerito cerrado.

El grito de Lily fue tan fuerte que retumbó en todo el baño, y aún más allá de este. El pañuelo cayó al suelo.

Primero, al presionar, un poco de resistencia. La parte superior de su miembro era muy ancha y encontró una fuerte oposición al chocar con el himen. La apretó aún más contra él, intensificando la presión sobre "aquella telita". Luego la sensación de haber entrado, de haber roto por el mismo centro la fina membrana que cubría el agujero, y después de despejar la entrada, el sentir su falo adentrándose por aquel estrecho y breve túnel caliente y húmedo, hasta que tocaba el útero de la chica. La sensación de choque que producía el pene al embestir la parte más profunda e íntima de su novia, le provocaba mucha excitación. Sentía que le estaba llegando a las entrañas.

—Cuando paró de gritar, todavía clavada hasta atrás, le dijo llorando:

—Maricón, hijo de puta, mentiroso, me cago en tu madre ...me muero del dolor ...me duele tanto que creo que me voy a mear del miedo ... y siguió llorando y chillando de dolor. Pero no podía moverse hacia ningún lado.

Él la ignoró y empezó a acercarla y a alejarla hacia él rítmicamente, flexionando sus brazos. Ella temblaba, suspiraba, lloraba, se sacudía, grandes gotas de sudor perlaban su frente ... los ojos cerrados ... apretados ...la mueca del dolor reflejada en el rostro. Entonces él sintió como desde su interior comenzaban las intensas contracciones. Era, aunque breve en cuanto a tiempo, el placer en grado superlativo, el non plus ultra del deleite en un hombre.

Y enseguida comenzaron a brotar los chorros de leche, abundante, espesa, tibia, pegajosa, caliente ... salada ... dentro de la chica. Un primer chorro ... inmenso, seguido de otro, por el estilo, después tres, cuatro, cinco, más escasos. Luego, la relajación. Segundos después la sacó, todavía parada. La marcha atrás había quedado olvidada. ¿Quién tendría el dominio propio suficiente, para sacarla del interior apretado y caliente de una chica, y echarla en el váter? Estiró su mano y con un trozo de papel higiénico, le limpió pequeños restos de sangre que habían

manchado la parte interior de los muslos. Le ayudó a bajar los pies, le subió la falda, para que no se manchara.

Ella, todavía sollozando, se puso de pie. El semen comenzaba a salir, inundando la vulva. Varias gotas cayeron al suelo. Le ofreció el papel y ella terminó de limpiarse todo. Lilian se puso de pie, y mirando hacia abajo, se colocó un trozo de papel higiénico, como si fuera una compresa. Después se puso el tanga rosa que él había guardado en su bolsillo. Ni siquiera se volvió acordar del preservativo. No se atrevía a mirarlo. Estaba muerta de vergüenza y de rabia.

Había sido solo un momento, un instante, pero le había parecido una eternidad. Por unos segundos, perdió la noción del tiempo. Era como si hubieran pasado varios meses.

Entonces escuchó la voz de la enfermera. Vamos Lily. Es tu turno. Te llevaré al salón. Hoy te van a hacer la cesárea. Ha llegado la hora de que tengas a tus bebés. Hoy es un día especial. No todos los días se tienen trillizos. Y se subió a la camilla, sosteniéndose aquella inmensa barriga.

Atrás quedaba la carrera de Medicina que nunca comenzaría, su vida de chica joven, los sueños que había tenido ... y Richard nunca volvió a aparecer.

Entonces, en medio de aquella impotencia gritó, gritó muy fuerte ... con toda la fuerza de sus pulmones:

El condón ... el condón ... ¿Dónde estaba el condón?
iiiNoooooooooooooooooo!!! ¿Por qué a mí? Dame un condón, por favor ...
Necesito un condón

Y mientras se revolvía entre las sábanas, sin dejar de gritar, sintió que unos brazos la apretaban, tratando de contenerla

—Lilian, tienes una pesadilla. Soy yo, tu madre. Ya es hora de levantarte para ir al colegio. ¿Qué es eso que gritabas de un condón? ¿Qué estabas soñando?

Lilian no respondió. Abrió los ojos y respiró aliviada. Se vistió, desayunó y salió de prisa.

Al llegar al aula, buscó a Richard, lo llamó aparte y le dijo:

—No quiero verte nunca más. Adiós. Y jamás volvió a dirigirle la palabra.

Y mientras caminaba, dijo para sus adentros —“¿Preñarme a mí? Ni en sueños. Y de trillizos, nada menos”—, mientras acariciaba una caja de

condones que había comprado de camino a la escuela, y que llevaba dentro de su mochila, junto a los libros. Solo por si un día, con otra persona, la primera parte de aquella pesadilla se hacía realidad.

Y Richard nunca supo, por qué Lilian lo abandonó.